

POEMAS DE LAS MADRES
y
CANCIONES DE CUNA

del libro de Gabriela Mistral *Desolación* (1922)

DESOLACION

POEMAS
DE
GABRIELA MISTRAL



INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS
EN LOS ESTADOS UNIDOS

NEW YORK, 1922

POEMAS DE LAS MADRES Y CANCIONES DE CUNA

del libro de Gabriela Mistral *Desolación* (1922)

I

Poemas de las madres

¹ Me ha besado	176
² ¿Cómo será?	176
³ Sabiduría	177
⁴ La dulzura	177
⁵ La hermana	178
⁶ El ruego	178
⁷ Sensitiva	179
⁸ El dolor eterno	179
⁹ Por él	179
¹⁰ La quietud	180
¹¹ Ropitas blancas	180
¹² Imagen de la tierra	181
¹³ Al esposo	181
¹⁴ La madre	182
¹⁵ Cuéntame, madre	182
¹⁶ El amanecer	183
¹⁷ La sagrada ley	183

II

Poemas de la madre más triste

¹⁸ Arrojada	184
¹⁹ ¿Para qué viniste?	184
²⁰ Nota -	184

Canciones de cuna

¹ Apegado a mí	186
² Yo no tengo soledad	186
³ Meciendo	187
⁴ Canción amarga	187

3. MECIENDO.

El mar sus millares de olas—mece divino.—Oyendo a los mares amantes — mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche — mece los trigos.— Oyendo a los vientos amantes — mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos — mece sin ruido.— Sintiendo su mano en la sombra—mezo a mi niño.

4. CANCIÓN AMARGA.

¡Ay! Juguemos, hijo mío,—a la reina con el rey!
Este verde campo es tuyo.—¿De quién más podría ser? — Las alfafas temblorosas—para tí se han de mecer.

Este valle es todo tuyo. — ¿De quién más podría ser? — Para que los disfrutemos — los pomares se hacen miel.

(¡Ay! No es cierto que tiritas — como el Niño de Belén — y que el seno de tu madre — se secó de padecer!)

El cordero está espesando — el vellón que he de tejer. — Y son tuyas las majadas. — ¿De quién más podrían ser?

Y la leche del establo — que en la ubre ha de correr — y el manajo de las mieses — ¿de quién más podría ser?

(¡Ay! No es cierto que tiritas — como el Niño de Belem — y que el seno de tu madre — se secó de padecer!)

¡Sí! Juguemos, hijo mío, — a la reina con el rey!

CANCIONES DE CUNA

A mi madre.

1. APEGADO A MÍ.

Velloncito de mi carne — que en mi entraña yo
teji,—velloncito friolento,—duérmete apegado a mí!
La perdiz duerme en el trébol — encuchándole la-
tir: — no te turbes por mi aliento, — duérmete ape-
gado a mí!

Hierbecita temblorosa—asombrada de vivir,—no
te sueltes de mi pecho,—duérmete apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido — ahora tiemblo has-
ta al dormir. — No resbales de mi brazo: — duérme-
te apegado a mí!

2. YO NO TENGO SOLEDAD.

Es la noche desamparo — de las sierras hasta el
mar. — Pero yo, la que te mece,—¡yo no tengo so-
ledad!

Es el cielo desamparo — pues la luna cae al mar.—
Pero yo, la que te estrecha,—¡yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo.—Toda carne triste va.—
Pero yo, la que te oprime — ¡yo no tengo soledad!

POEMAS DE LAS MADRES

A doña Luisa F. de García-Huidobro

I

ME HA BESADO

Me ha besado y ya soy otra : otra, por el latido que duplica el de mis venas ; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble como mi corazón. . .

Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores : ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre la hierba !

¿CÓMO SERÁ?

¿Cómo será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa, y los palpé con delectación : querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así, oscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida entera.

Miro las quiebras de las sierras, cuando se van poblando de niebla, y hago con la niebla una silueta

próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura.

Pasó delante de ella un hombre, y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer.

Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando :

—Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, *esto* ?

Y escribí los poemas que preceden, con intención casi religiosa.

Algunas de esas mujeres que para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel pero fatal, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció, por ellas mismas. Hasta me insinuaron que los eliminase de un libro.

En esta obra egotista, empequeñecida a mis propios ojos por ese egotismo, tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la Vida total. ¿Había de eliminarlas?

¡No! Aquí quedan, dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la Tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo !

II

POEMAS DE LA MADRE MAS TRISTE

ARROJADA

Mi padre dijo que me echaría, gritó a mi madre que me arrojaría esta misma noche.

La noche es tibia; a la claridad de las estrellas, yo podría caminar hasta la aldea más próxima; pero, ¿y si nace en estas horas? Mis sollozos le han llamado tal vez; tal vez quiera salir por ver mi cara con lágrimas. Y tiritaría bajo el aire crudo, aunque yo lo cubriera.

¿PARA QUÉ VINISTE?

¿Para qué viniste? Nadie te amará aunque eres hermoso, hijo mío. Aunque sonrías graciosamente, como los demás niños, como el menor de mis hermanitos, no te besaré sino yo, hijo mío. Y aunque tus manitas se agiten buscando juguetes, no tendrás para tus juegos sino mi seno y la hebra de mis lágrimas, hijo mío.

¿Para qué viniste, si el que te trajo te odió al sentirte en mi vientre?

¡Pero no! Para mí viniste; para mí que estaba sola, sola hasta cuando me oprimía él entre sus brazos, hijo mío!

NOTA —

Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su *rancho*. Estaba

de niña, de niña dulcísima: que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor leve de su voz cuando me habla, pues en el que viene quiero amar a aquél que me besara.

SABIDURÍA

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado cortar las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la yerba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, éste era mi vino.

Para éste yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro, con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, por que recoja de mi carne su ardor inextinguible.

LA DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón, desde que lleva el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las yerbas donde anidan codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente. Creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre los que velan inclinados.

LA HERMANA

Hoy he visto una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura; la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, que va grávida de gravedad de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

EL RUEGO

¡Pero no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si El mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra como de promesa sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recoger el rocío de la noche, pongo yo mi pecho ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamo el

¿Cómo limpiaré su cabecita, en los días sucesivos? ¿Y cómo lo liaré para no dañarlo?

Enséñame, madre, la canción de cuna con que me meciéste. Esa lo hará dormir mejor que otras canciones.

EL AMANECER

Toda la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay el sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¿es la vida!

Y te llamo ahora Dulzura Infinita a Ti, Señor, para que lo desprendas blandamente.

Nazca ya, y mi grito de dolor suba en el amanecer, trezado con el canto de los pájaros!

LA SAGRADA LEY

Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares: ¡yo sólo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro!

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la Tierra con este hijo en los brazos, y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, como las palmas y los surcos.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y me diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Séme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy sólo un velo; todo mi cuerpo es un velo bajo el cual hay un niño dormido!

LA MADRE

Vino mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y, por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía la onda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

CUÉNTAME, MADRE...

Madre, cuéntame todo lo que sabes por tus viejos dolores. Cuéntame cómo nace y cómo viene su cuerpecillo, entrabado con mis vísceras.

Dime si buscará solo mi pecho o si se lo debo ofrecer, incitándolo.

Dame tu ciencia de amor, ahora, madre. Enséñame las nuevas caricias, delicadas, más delicadas que las del esposo.

Henchidor, y le pido el licor de la vida, abundoso. Aquél llegará buscándolo con sed.

SENSITIVA

Ya no juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Soy como la rama con fruto.

Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín, y un simple canto que viene en el viento o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

EL DOLOR ETERNO

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste que está en mí y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado con mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Mi llanto y mi sonrisa comenzarán en tu rostro, hijo mío!

POR ÉL

Por él, por el que está adormecido, como hilo de agua bajo la hierba, no me dañéis, no me deis trabajos. Perdonádmelo todo: mi descontento de la mesa preparada y mi odio al ruido.

Me diréis los dolores de la casa, la pobreza y los afanes, cuando lo haya puesto en unos pañales.

En la frente, en el pecho, donde me toquéis, está él y lanzaría un gemido respondiendo a la herida.

LA QUIETUD

Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente: quiero, para él, anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. Quiero destilar, como la fruta, miel, hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los vientos coloreen y laven mi sangre. Para lavarla también, yo no odio, no murmuro, ¡solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas, y rostro, y mirada, y depurado corazón.

ROPITAS BLANCAS

Tejo los escarpines minúsculos, corto el pañal suave: todo quiero hacerlo por mis manos.

Vendrá de mis entrañas, reconocerá mi perfume.

Suave vellón de la oveja: en este verano te cortaron para él. Lo esponjó la oveja ocho meses y lo emblanqueció la luna de Enero. No tiene agujillas de cardo ni espinas de zarza. Así de suave

ha sido el vellón de mis carnes, donde ha dormido.

¡Ropitas blancas! El las mira por mis ojos y se sonríe, dichoso, adivinándolas suavísimas...

IMAGEN DE LA TIERRA

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos (con sus criaturas en los anchos brazos).

Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira, también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente que las breñas hacen todavía invisible. Ya soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña, hasta que suba hacia la luz.

AL ESPOSO

Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir del fondo de mi ser como un lirio de aguas. Déjame ser como un agua en reposo.

¡Amame, ámame ahora un poco más! Yo ¡tan pequeña! te duplicaré por los caminos. Yo ¡tan pobre! te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo ¡tan tierna! me hendiré como un ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mí.